

segunda mitad del siglo XIX que formaron propiamente los Estados nacionales. Esto debido a que el republicanismo americano corresponde a un momento anterior al Estado nación en nuestro continente, al postular la idea de lo americano como referente identitario, tomado del modelo europeo y estadounidense, que convocaban la unidad apoyada, a su vez, en la uniformidad de la herencia colonial española: una lengua, una religión, un pasado común —prehispánico— y la proyección a un futuro compartido: la libertad de América, por encima de las diferencias particulares geográficas, demográficas e históricas de los antiguos virreinos. Este republicanismo no pensaba esa identidad como nacionalismo, y tenía una valoración centrada de la herencia española, que le permitió no caer en la exaltación ni en la diatriba al respecto, uno de cuyos casos más representativos son el pensamiento y obra de Andrés Bello. Pero es evidente que luego de esta generación republicana, las generaciones siguientes lo apropiaron de manera selectiva y útil para sus propósitos, especialmente para construir la dimensión simbólica de los nuevos Estados nacionales a través de múltiples recursos de la visión patriótica de la historia.

[365]

DIEGO FERNANDO BUITRAGO SUÁREZ

Secretaría de Educación Distrital, Bogotá, Colombia

macondo83@hotmail.com

Charles Tilly y Lesley J. Wood.

Los movimientos sociales 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook.

Barcelona: Crítica, 2010. 368 páginas.

El libro del que nos ocuparemos se suma a la abundante literatura sobre movimientos sociales, concentrando su interés en la historia del movimiento social a partir de nueve tesis, entre las que se cuentan cuatro relevantes, a saber: a) Los movimientos sociales combinan tres tipos de reivindicación: programática, identitaria y de oposición; b) la democratización fomenta la formación de movimientos sociales; c) el contexto político, los procesos imitativos, la comunicación y la colaboración facilitan la adopción de movimientos sociales; y d) el movimiento social podría desaparecer o transformarse en una forma política muy diferente.

Aunque las tesis justifican y refuerzan los desarrollos de varios capítulos de manera explícita, sin embargo, los tres elementos que realmente anudan el texto están tejidos, primero, por la definición de lo que son los movimientos sociales; segundo, por la demostración de los tres componentes de los que

fueron resultado y que aun los caracteriza; y tercero, por los hechos recogidos a partir del siglo XVIII que han sido intervenidos en Europa y Estados Unidos por movimientos sociales de diferente índole. Este entramado se alimenta de estudios e investigaciones ya adelantados sobre el tema por parte del autor u otros académicos, y por seguidos cuestionamientos sobre puntos relevantes.

[366]

Así, los movimientos sociales se entienden como la única forma de contienda política y como uno de los principales vínculos de participación ciudadana que ha existido desde el siglo XVIII, con orígenes europeos de dos matices: por un lado, personalidades públicas con intereses electorales iban de la mano con las quejas y las manifestaciones que la gente hacía, y por otro, la organización conjunta de sectores en una metrópoli como Gran Bretaña y su colonia en América contra fenómenos sociales de su tiempo como la esclavitud. Este último matiz es considerado por el autor como el primer movimiento social de la historia.

Los tres elementos que desde entonces hasta hoy han constituido claramente como fenómeno político comparable a los movimientos sociales son la campaña, el repertorio y las demostraciones de WUNC (valor, unidad, número y compromiso), que serán aquí ejemplificados con hechos del siglo XIX, XX y XXI, para no errar con glosarios manifiestos.

Durante el siglo XIX, en Europa, las reivindicaciones públicas y colectivas giraron localmente en torno a la solicitud de la República en Francia y Bélgica y a la ampliación del derecho al voto, el voto femenino y la separación del Estado de la iglesia anglicana en el Reino Unido. Estos hechos vincularon tanto a un grupo organizado, un objeto claro de reivindicación y a un público, con lo que se configuraba la campaña de aquellos movimientos sociales y las condiciones de otras en los siglos siguientes.

El siglo XX fue un periodo dinámico para el repertorio de diferentes movimientos sociales. Finalizada la Primera Guerra Mundial, Gandhi encabezó huelgas y resistencias pasivas; los nazis en Marburgo, a través de desfiles, quemas de banderas, proselitismo y la intervención a organizaciones, lograron el triunfo del partido nacionalsocialista, con Hitler en su cabeza, en 1932.

En 1968, en Francia, los trabajadores y los estudiantes presionaron el régimen de Charles de Gaulle con huelgas y un referendo que le reafirmó en el poder. En 1989, se da inicio en varios países a la caída de regímenes autoritarios socialistas a través de protestas y deferentes manifestaciones, evento particular por el que el autor se pregunta si realmente fue movimiento social.

Es de gran valor la invitación del texto a considerar que las nuevas condiciones de los medios de comunicación que desde el siglo pasado se forjan, no deben permitir un determinismo tecnológico que evada la evidente y mera

adaptación a nuevos medios de viejas actividades que suponen a su vez nuevas formas de exclusión.

Los pocos años transcurridos del siglo XXI y la proyección futura conceden una característica a las manifestaciones de WUNC, estimada en la internacionalización de las reivindicaciones, mediadas por organizaciones y autoridades internacionales que redundan en la exclusión ya mencionada y que corre el riesgo de burocratizar activistas de los movimientos sociales.

Finalizadas las 306 páginas, el lector confirmará que esta obra de Tilly cumple con su cometido de trazar la historia de los movimientos sociales del hemisferio norte del mundo y evita adentrarse en hechos ocurridos en Latinoamérica —en el siglo XIX por ejemplo, para desvirtuar o afirmar que varios de los movimientos que favorecieron las independencias contenían los tres elementos del movimiento social que él propone—, solo acercándose tímidamente a casos en Argentina y México, en diferentes siglos y en pocas líneas.

[367]

JOHANA ESPERANZA BUITRAGO BARRETO

Secretaría Distrital de Educación, Bogotá, Colombia

johana.jfalter@gmail.com

Juan Carlos Villamizar.

La influencia de la Cepal en Colombia, 1948-1970.

Bogotá: Universidad del Rosario, 2013. 380 páginas.

La introducción del libro es un buen resumen que lleva al lector por los debates y estudios precedentes y cubre una pluralidad de líneas de investigación: todo sobre la *Comisión Económica para América Latina y el Caribe* (Cepal), por supuesto, en Colombia (que no es mucho), en América Latina (que sí lo es) y en Estados Unidos (una bibliografía poco conocida entre nosotros y que ha sido muy bien ordenada y aprovechada en este trabajo). También se incluye un tratamiento crítico y exhaustivo de la evolución del concepto de “comunidad epistémica”. El comentario de la bibliografía sobre las relaciones exteriores de Colombia es, por otra parte, tangencial, lo que en el libro se reflejará en un tratamiento de las relaciones de Colombia con Estados Unidos que es intuitivo y acertado, mas no sistemático.

Así pues, los dos meollos del libro son, primero, la lectura que de la producción de la Cepal hace un profesional en economía, tanto de los informes cepalinos sobre Colombia como de sus principales estudios generales sobre